

tentación de pasarse a la Cartuja, descrita con distintos matices en pp. 197 y 212 (otros ejemplos en pp. 607 y 689, 332 y siguiente, etc.). Otra observación: la intención de facilitar la lectura ha llevado a integrar casi todos los datos (salvo las referencias escuetas) en el texto; pero esa decisión, con alguna frecuencia, convierte el texto en una larga nota, en la que a veces cuesta seguir el hilo. Por supuesto se trata de un peligro que la mayor parte de las veces han conseguido sortear los autores, pero no siempre. Así sucede, por ejemplo, con la larga lista de priores, subpriors, sacristanes, confesores y maestros de novicios de la página 172, donde se indican hasta 23 nombramientos. Lo mismo cabe señalar de las páginas en que se describe hasta cinco veces la celda toledana del santo, lógicamente con mínimas variantes. El deseo de reseñar a todos los testigos dificulta la elaboración de una síntesis propia, haciendo que el texto resulte árido o confuso en ocasiones.

En suma, nos hallamos ante un meritorio intento de renovación biográfica exhaustiva, con grandes virtudes y algunos defectos que ya hemos reseñado, y bien pueden corregirse en futuras ediciones. Como biografía es la más completa de las existentes. Aunque, por supuesto, a los que tengan poco tiempo les resultará más legible la clásica del P. Crisógono, más breve y ágil literariamente, aunque con el paso del tiempo haya acumulado bastantes inexactitudes en lo histórico. Sólo nos cabe desear que el fenomenal acervo de datos objetivos presente en la obra que ahora nos ocupa contribuya a potenciar el conocimiento de la figura de san Juan de la Cruz, situándole en su contexto histórico.

J. L. HERVÁS

Ignace DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, («B. A. C.», 533), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1993, 315 pp., 13 x 20.

La Biblioteca de Autores Cristianos nos presenta esta correcta traducción de la obra del conocido profesor jesuita —actualmente emérito— del Bíblico, que se caracteriza por su buen hacer y por su autoridad en el campo exegético.

Su amor a la Madre de Dios le ha llevado en su ya dilatada vida de estudioso de la Sagrada Escritura a profundizar en la mariología bíblica, en buena parte debido a la crisis que esta disciplina ha atravesado en los últimos años después del Concilio Vaticano II. Según el A., «es urgente poner

fin a esta situación con toda serenidad, pero también con firmeza en la verdad. Debemos emprender un nuevo examen de estas cuestiones, ante todo desde un punto de vista bíblico, porque el Concilio ha pedido que la Sagrada Escritura sea el «alma de la teología». Pero este examen deberá ir acompañado de una reflexión teológica profunda, en continuidad con la tradición y la fe de la Iglesia» (p. 2).

Lo primero que el A. se plantea es el método a utilizar en la exégesis de los textos marianos. «El método que nosotros utilizaremos será el mismo, con algunos desarrollos, que el que aplicamos en nuestra obra *la Pasión de Jesús según el evangelio de Juan* («Lire la Bible» n. 23, Paris, Cer, 1986). Es, en el fondo, el método recomendado por el Concilio en la constitución *Dei Verbum*, 12» (p. 2).

El libro que comentamos comienza con una Introducción General donde muestra al lector, de forma somera, el ambiente mariano que se respiraba en el momento del Concilio Vaticano II.

A continuación el A. dedica un capítulo introductorio al *Trasfondo bíblico de la figura neotestamentaria de María*, que en síntesis no es más que un estudio de algunos pasajes veterotestamentarios prefigurativos de María. El Prof. de la Potterie estudia varios textos que presentan a una mujer simbólica (la Hija de Sión, La Madre de Sión, la Virgen de Israel), donde los profetas descubren el símbolo de la Sión mesiánica. Esta «Hija de Sión» se presenta como una mujer que es, a la vez, esposa, madre y virgen, prefigurativa de María.

Sin embargo, llama la atención que no haga ninguna alusión a los tres textos citados explícitamente en el cap. VIII de la *Lumen gentium* (Gen 3, 15; Is 7, 14; Miq 5, 2-4), y se centre en ese otro texto conciliar «la excelsa Hija de Sión» (*Lumen gentium*, n.º 55), que, por el «modo como se redactó la alusión, es un mero inciso, hecho de pasada, con lo cual no llega a ser una enseñanza que resulte normativa para el exegeta y el teólogo» (C. Pozo, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1990, pp. 113-114).

La primera parte de este libro —*Virgen y Madre*— es la más amplia —algo más de la mitad del libro— y consta de cuatro capítulos.

El primer capítulo —*La anunciación a María*— es una buena síntesis de otros trabajos publicados con anterioridad por el A. sobre este mismo tema, y en él expone su visión teológica del texto evangélico Lc 1, 26-38. Mencionaremos sus interpretaciones del v. 34, en el que advierte el «deseo» de virginidad de María, y del v. 35, donde fundamenta tanto la concepción virginal (v. 35a), como la virginidad en el parto (v. 35b), al demostrar (des-

de un punto de vista filológico y de tradición) como sentido más primigenio de este texto: «por lo cual, lo que nacerá santo será llamado Hijo de Dios».

En el capítulo II —*El anuncio a José*— después de precisar filológicamente algunos términos discutidos —*dikaïos, deigmatísai, apoluo*—, y de estudiar los tres movimientos de la estructura de este pasaje —introducción, anuncio y ejecución de la misión— da una explicación de todo el texto, haciendo hincapié en el objetivo de Mateo al narrar esta escena y en la duda de José. Se inclina por la interpretación de X. Léon Dufour al v. 20c («Pues, *ciertamente*, lo engendrado en ella es obra del Espíritu Santo»).

Para este A. el cambio que se observa en este texto (v. 22-23) al citar la profecía del Enmanuel (Is. 7, 14) —«y le *pondrán* por nombre Enmanuel, que quiere decir Dios con nosotros»— supone la inclusión de José en la profecía mesiánica.

Termina este capítulo afirmando que la interpretación que él ha mantenido —«José conocía el hecho de la concepción virginal, y por este motivo quería retirarse discretamente ante el admirable misterio de la acción de Dios en María» (p. 93)— era ampliamente conocida en la época patristica y medieval hasta el siglo XVI. A partir de entonces sufrió un eclipse de unos tres siglos, hasta que recientemente unos cuantos teólogos, desde una base más crítica, la han hecho revivir.

El capítulo III —*La concepción virginal de Jesús según S. Juan*— comienza con el estudio de dos textos joaneos en los que se cita a Jesús como «el hijo de José» (Jn 1, 45 y 6, 42). De «estos dos textos se desprende, pues, que en Galilea Jesús pasaba por ser efectivamente «hijo de José», pero de ninguna manera se puede concluir que ésta fuera la convicción de Juan» (p. 128). Para el evangelista la expresión «Hijo de Dios» es el verdadero y más elevado título de Jesús.

La segunda parte de este capítulo se centra en los versículos 12 y 13 del Prólogo. El Prof. de la Potterie, aunque admite que casi todas las ediciones críticas y traducciones leen el versículo 13 en plural, él se inclina por la lectura en singular —«el cual no (nació) de las sangres...»—. Lo demuestra por la crítica externa, a través de los textos testigos y por la crítica textual interna.

Después de sacar unas consecuencias cristológicas, pasa a explicar las repercusiones mariológicas de estos versículos: María, «la Madre del Verbo Encarnado concibió y dio a luz virginalmente. Es, a la vez, *virgen y madre*... Estos dos aspectos del misterio de María —su *maternidad divina* (es la Theotokos) y su *virginidad*— se hallan inseparablemente unidos» (p. 153).

El capítulo IV —*Significación teológica de la concepción virginal. Escritura y Tradición*— es una síntesis teológica que hace el A. apoyándose en los datos bíblicos obtenidos en los tres capítulos precedentes. En este estudio abarca tres campos distintos: a) *Cristológico*. Para el A. el nacimiento virginal de Jesús es signo de su filiación divina y de la nueva creación, en la que el Señor es el Nuevo Adán. b) *Soteriológico*. Es signo de la gratitud absoluta de la Encarnación y de la Redención y es base y modelo de nuestro nuevo nacimiento. c) *Mariológico*. La virginidad de María es paradigma de la vida virginal en la Iglesia. La maternidad divina es fundamento de su fecundidad espiritual.

La parte II comprende un sólo capítulo —*El Misterio de las bodas*—. En él se analizan las diferentes explicaciones dadas a este *logion* joane. A continuación estudia el contexto y la estructura del relato de Caná. Para nuestro A., este relato es el final de la sección precedente, que se inicia con el testimonio de Juan Bautista (Jn 1, 19).

El A. presenta sintéticamente la exégesis de toda esta perícopa, partiendo del v. 11 —*Esto es lo que, como principio de los signos, hizo Jesús en Caná de Galilea y manifestó su gloria y creyeron en El sus discípulos*— que para él es la clave interpretativa de todo este relato: en la intención de Juan, esta escena se presenta como un símbolo de las bodas mesiánicas de Jesús con el nuevo Pueblo de Dios.

Se centra especialmente en los v. 3-5, que son los centrales de todo el relato y entrañan ciertas dificultades. Interpreta el v. 4a —*Mujer, ¿qué nos va a tí y a mí?*— como una falta de comprensión mutua en el diálogo, debido a un desplazamiento de perspectiva: María se refiere a la falta material de vino y Jesús se sitúa al nivel de la historia de la salvación.

Siguiendo la interpretación de Vanhoye lee el v. 4b como una interrogación —*¿no ha llegado mi hora?*—. Según esta lectura la «hora» que comienza aquí, es la hora de la manifestación mesiánica, la hora que Israel esperaba desde los tiempos de los profetas. Comienza ahora, pero continuará durante toda la vida pública de Jesús y alcanzará su pleno cumplimiento en el misterio de la cruz y de la resurrección» (p. 228). Esta interpretación se diferencia sensiblemente de la usual dada por muchos comentaristas actuales que no admiten la lectura interrogativa. Para estos «la hora» es la hora de la muerte y glorificación de Cristo.

Respecto al v. 5 —*dijo la madre a los servidores: Haced lo que él os diga*— de la Potterie asume la exégesis del Prof. A. Serra. Pone en paralelo este texto con la fórmula de la Alianza (Ex. 19, 1-8) y de ahí deduce que María «personifica, en cierto modo, al pueblo de Israel en un contexto de

Alianza» (p. 230). Esta interpretación fue utilizada por Pablo VI como conclusión de la exhortación *Marialis cultus*.

Concluye este capítulo con una interpretación teológica del signo de Caná. En primer lugar trata de su significación cristológica: es la manifestación mesiánica de Jesús, en la que el vino es el símbolo de la revelación escatológica traída por El. A la vez esta boda de Caná es el símbolo de los desposorios de Cristo, verdadero Esposo de la Nueva Alianza.

En segundo lugar profundiza en su significación mariológica. Como en esta escena Jesús comienza a presentarse como Mesías, las relaciones entre él y María no son ya simplemente las relaciones de un hijo con su madre. Al dirigirse a su madre con el título de «mujer» implica a ésta en su misión, o sea en el misterio de la salvación. En este sentido la mujer concreta María, madre de Jesús, es en cierto modo, la realización histórica de la «Hija de Sión», sobre la que Israel proyectaba todas sus esperanzas salvíficas. María «se convierte así en la personificación del pueblo mesiánico en los tiempos escatológicos» (p. 245).

Además si en la boda de Caná de modo simbólico Cristo es el esposo de la Nueva Alianza, en la visión de Juan su esposa es María. De este modo, María se comporta como estrecha colaboradora de Jesús en la preparación del «vino bueno», signo de las bodas mesiánicas.

Las palabras del v. 5 son las últimas de María conservadas en los evangelios. Pueden considerarse, por tanto, como su testamento espiritual. Con la frase «haced lo que él os diga» invita a los discípulos a ser dóciles y obedientes a los deseos de su Hijo. «De este modo se sugiere implícitamente la maternidad espiritual de María» (p. 249).

La interpretación mariológica de las bodas de Caná aquí presentada por el Prof. de la Potterie difiere palpablemente del sentido dado por la mayoría de los autores. Muchos de ellos advierten en este pasaje especialmente la función de la Virgen como Mediadora. «Es cierto que sus palabras parecen haber provocado la intervención de Jesús; pero hablar, sin más, de una verdadera mediación de María nos parece llevar las cosas demasiado lejos» (p. 243).

Igualmente la parte III consta de un solo capítulo —*la maternidad espiritual de María*—. Comienza con una brevísima síntesis histórica de la interpretación de esta escena, desde la Patrística hasta nuestros días.

Después estudia el contexto mesiánico y eclesiológico de los vv. 25-27. Advierte que existe una relación entre las bodas de Caná y el episodio de la Cruz, en especial en dos puntos: en el título «mujer» y en la «hora»,

que alcanza su pleno cumplimiento en la Cruz, donde Jesús repartirá con sobreabundancia el «buen vino» de la salvación. Admite una estrecha relación entre estos versículos (25-27) con el antecedente de la túnica no dividida y con la perícopa siguiente.

En la interpretación del núcleo de esta escena, hace suya la tesis de Goedts, al sostener que aquí nos encontramos con un «esquema de revelación», fórmula técnica utilizada cuatro veces en el evangelio de S. Juan. «Jesús antes de morir en la cruz, *revela* que su madre —en cuanto «Mujer», con toda la resonancia bíblica de esta palabra— será también desde ahora la *madre* del discípulo y que éste, como representante de todos los discípulos de Jesús será también desde ahora el *hijo* de su propia madre» (p. 262).

María, al venir a ser madre de los discípulos de Jesús, se convierte en Madre de toda la Iglesia. María es el paradigma de la Iglesia en su función materna.

Finalmente la parte IV consta, como las dos anteriores, de un sólo capítulo —*La mujer coronada de estrellas*—. Después de una corta introducción sobre el Apocalipsis, donde sucintamente se indican las diversas interpretaciones de este capítulo, el A. explica el contexto del capítulo 12.

El cuerpo de este capítulo se centra en dos temas. El primero es la interpretación eclesiológica de esta perícopa. La «Mujer», protagonista de toda la escena, es ante todo un símbolo del antiguo y nuevo Israel; es decir, del Pueblo de Dios o Iglesia. El «Dragón» se identifica y con la antigua serpiente del paraíso, que engañó a la mujer, pero que será finalmente aplastada por su talón. La lucha mostrada en esta escena entre Miguel y sus ángeles contra el Dragón y sus secuaces, es un combate de larga duración, que se prolongará a través de la historia de la Iglesia.

El segundo tema es la interpretación mariológica. Como atinadamente afirma el A., «el texto de Ap 12 no basta por sí solo para justificar una interpretación mariológica. Pero las cosas se presentan de manera diferente cuando se las sitúa en el marco del Nuevo Testamento y se las interpreta así desde una perspectiva más amplia» (p. 305).

En primer lugar resulta difícil pensar que el hagiógrafo, perteneciente a la Iglesia apostólica, al hablar de la «Mujer» no haya tenido presente a María, máxime siendo Juan quien emplea este título para designar a la madre de Jesús.

Para nuestro A., siguiendo a Feuillet, esta escena se vincula directamente a la figura de la mujer de Jn 19, 25-27. Hay, en efecto un triple paralelismo: a) en ambos casos se la denomina con el vocablo «mujer»;

b) Ella tiene otros hijos además del Mesías; c) esta maternidad espiritual se halla ligada a la Cruz.

Quizá sea este capítulo el menos elaborado de toda este excelente trabajo. El mismo A. precisa que la «exégesis del Apocalipsis no es de nuestra especialidad». De todas formas da ideas sugerentes y abre perspectivas interesantes.

Resumiendo nos encontramos ante un libro que es una obra de síntesis y de madurez de un autor, el Prof. de la Potterie, en el que se conjugan su hondo y profundo conocimiento exegético, su amplia formación teológica y su entrañable amor a la Madre de Dios.

J. L. BASTERO

Luis F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*. BAC, (Serie «Sapientia Fidei», n. 1), Madrid 1993. XXIX + 315 pp.

Como se había anunciado el pasado año, la BAC comienza a publicar la serie *Sapientia fidei* de Manuales de teología. La primera entrega la constituye el presente libro, escrito por el Prof. Luis F. Ladaria, S. J., profesor de teología dogmática en la Universidad Gregoriana, autor de diversas publicaciones teológicas, y miembro de la Comisión Teológica Internacional. Como indica su título, el libro consiste de un díptico: trata del pecado original y de la gracia, «las dos coordenadas que definen la vida del hombre sobre la tierra» (cfr. contraportada). El tratamiento unitario de estos misterios se inscribe dentro de una corriente teológica reciente, en la que se encuentran los libros de G. Colzani (*Antropologia teologica*, Bologna 1988), I. Sanna (*L'uomo, via fondamentale della Chiesa*, Roma 1989) y J. L. Ruiz de la Peña (*El don de Dios*, Santander 1991). El mismo Prof. Ladaria ya había ofrecido hace un lustro un tratado abarcando creación, pecado y gracia, en su libro *Antropología teológica* (Roma/Madrid 1987), de cuya segunda y tercera parte la presente obra es una reelaboración y puesta al día.

La opción de exponer conjuntamente los misterios del pecado y de la gracia reviste interés teológico y pedagógico. Resalta el carácter unitario del designio divino sobre el hombre: éste fue pensado desde la eternidad como criatura capaz de ser elevada a la filiación divina, a través de una cristificación obrada por el Espíritu Santo. Es ésta la línea de fondo que preside la economía divina desde la creación, pasando por la caída, Encarnación, y Redención, hasta desembocar en la glorificación. Por supuesto,